

# UN EXTRAÑO MONASTERIO EN LA ISLA DE ALBORÁN

Manuel GRACIA RIVAS  
Coronel médico (RR)



pesar de su vinculación con la Armada española, que mantiene en ella un destacamento de Infantería de Marina, la pequeña isla de Alborán no ha sido objeto de especial atención en las páginas de esta REVISTA. Declarada en 2003 Paraje Natural por el Parlamento de Andalucía, uno de los estudios más interesantes que se han realizado sobre la misma fue publicado por la Consejería de Medio Ambiente de la Junta de Andalucía, en 2006, con el título de *Entre África y Europa. Historia Natural de la Isla de Alborán*, el cual está dedicado «A la única alboranense natal que conocemos, Mercedes, hija de la Luna». Se trata de Mercedes Martínez Marín, hija de los encargados del faro, que nació allí en 1907, a la que en la dedicatoria se asocia literariamente con la isla de la Luna, citada por el geógrafo romano Rufo Festo Avieno, en su *Ora Marítima*, que se suele identificar con Alborán, donde los tartesios o, más probablemente, otro pueblo indígena del sureste peninsular, tenían un templo dedicado al culto de Noctiluca, la Luna. De hecho, a finales del siglo

pasado se dio a conocer el hallazgo de los restos de una construcción sumergida en las proximidades de la isla que podrían corresponder a ese templo.

El nombre de Alborán está relacionado con el corsario tunecino Mustafá ben Yusuf el Magmuz ed Din (Al-Borany), que la convirtió en refugio para las naves que saqueaban las costas almerienses y que, supuestamente, está enterrado en la isla. Que el corsario encontrara en ella su lugar de reposo definitivo no deja de ser una hipótesis, aunque no lo es la existencia de un pequeño cementerio ubicado entre la punta del Norte y la del Isloote, con tres tumbas, dos de las cuales corresponden a familiares de fareros fallecidos entre 1910 y



Isla de Alborán.

1920, y la tercera suele ser identificada con la de un piloto alemán fallecido en el transcurso de la Segunda Guerra Mundial. En la citada publicación se sugiere la posibilidad de que se tratara de restos de naufragios, aunque la opinión más generalizada es la de que, efectivamente, fue un piloto de la Luftwaffe que se estrelló con su aparato en aguas del Estrecho y cuyo cadáver llegó hasta la isla.

En las cuevas de sus abruptos acantilados encontraron refugio en el pasado algunos ejemplares de foca monje (*Monachus monachus*) e incluso se llegó a encontrar el cadáver de una de ellas, que fue enterrado en la playa de Poniente por personal del destacamento de Infantería de Marina. Pero aquí no queremos hacer referencia a este tipo de «monjes», sino a otros que aparecieron en la isla en los primeros días de 1942.

Fue de manera accidental como tuve conocimiento de ese sorprendente acaecimiento. Por otros motivos tuve que revisar la colección de *El Español. Semanario de la Política y del Espíritu* que había sido creado ese mismo año por la Secretaría General del Movimiento y que dirigía Juan Aparicio, director general de Prensa y Propaganda, donde se publicaban trabajos de contenido

# EL ESPAÑOL

SEMANARIO DE LA POLÍTICA Y DEL ESPIRITU

---

Año I. - Número 9 -- Madrid, 26 de diciembre de 1942. -- Aparece los sábados. -- Precio: UNA PESETA

**COLABORACIONES  
ESPECIALES**

de Tomás Borrás, Sainz Malpique, Juan Villar, Pérez Solís, Fernández Cuevas, Teófilo Coronel Villalba, López Balcázar, Lorenzo Garza, Juan Pedro Lasa, Sánchez Bello, Caro Baroja, Pedro Salvador, Oyarzá, Leopoldo Eugenio Palomo, Dionisio Lorenzo, García Santos, García Itano y Leopoldo Panero.

político y otros sobre temas literarios que estaban a cargo de destacados intelectuales del momento.

En su núm. 9, que lleva fecha de 26 de diciembre de 1942, y en el que entre otros colaboradores aparecen las firmas de Julio Caro Baroja y Leopoldo Panero, se insertaba un artículo titulado «Comunidad de monjes coptos en la isla de Alborán. Proceden del Monte Santo de Salónica». En él se transcribe una anotación realizada en el diario del farero, según la cual «Hoy, día 6 de enero [de 1942], dieciséis horas después de la barca, han arribado al Sur de la isla, cinco hombres con barca, que, al parecer, se guarecen en la cueva baja del Poniente. No parecen naufragos, aunque han llegado en una pequeña chalupa con dos grandes cofres. Mañana lo veré».

La mayor parte del artículo corresponde al informe realizado por Elías Montes Sobrino, que se desplazó hasta la isla al tener conocimiento del hecho. Descrito como «activo investigador y notable, aunque desconocido, estudioso de Almería», se aportaba como detalle complementario que «posee un finca de recreo en la parte occidental del cabo de Gata», noticias que no nos han permitido identificarlo ni tener noticia de ninguna publicación suya.

Es curioso que el supuesto informe de Montes Sobrino esté basado en el interrogatorio al que sometió al encargado del faro, el cual aporta datos no menos sorprendentes. Porque el torrero, cuando al día siguiente de la llegada de los extraños visitantes bajó a interrogarlos, pudo constatar que no eran españoles «por su porte y porque apenas hablaban el castellano», lo que no fue obstáculo para que consiguiera entenderse con ellos «en el mal francés que unos y otros hablábamos». Que el modesto funcionario consiguiera expresarse en la lengua de Molière viene a poner de manifiesto la alta cualificación que en aquella época tenían estos profesionales; pero que los recién llegados también lo hablaran es aún más llamativo. Porque resultaron ser unos monjes llegados del monte Ainos o monte Santo de Salónica. Como nuestros lectores ya se habrán percatado, «Ainos» es el nombre turco del lugar que habitualmente conocemos como «Athos», una península del norte de Grecia donde, desde tiempos inmemoriales, se asienta el «Estado Monástico Autónomo de la Montaña Sagrada», una comunidad integrada por 20 monasterios



chalupa en la que los monjes pudieron llegar hasta la isla. No es de extrañar que «su consternación y su desesperación fueran indescriptibles» cuando el farero, inflamado por el más ardiente patriotismo, les hizo saber que Alborán «pertenece a España, con absoluta e indiscutible soberanía». Es cierto que, «para calmarlos y servirlos», les ofreció la posibilidad de trasladarse a la Península, «donde, seguramente, serían acogidos favorablemente», siempre y cuando «no emprendieran la inútil tarea de hacer prosélitos». Hay que reconocer que el farero no solo era patriota, sino ferviente defensor de la fe católica, además de buen cristiano, pues no quería que en aquellos difíciles momentos los pobres monjes se vieran perjudicados por las consecuencias de su hipotética labor evangelizadora.

Pero los monjes no estaban dispuestos a desistir de sus propósitos iniciales y, ante los atónitos ojos del farero, comenzaron a levantar su pequeño monasterio. No tuvieron problemas para conseguir los materiales necesarios, ya que, a pesar de la guerra, no había barco que surcara esas aguas que no se detuviera para facilitarles ladrillos, instrumentos para labrar la piedra, clavos, bisagras etc. Es de suponer que los monjes les harían llegar sus peticiones por medio de algún ignoto sistema de comunicación, pues no es fácil que en tan corto periodo de tiempo acertaran con los suministros precisos.

Antes de cumplirse el año de su llegada, el monasterio ya contaba con una campana, que según manifestaciones del farero «no sé de dónde han sacado». Esta no solo servía para llamar a la oración a los miembros de la reducida comunidad, sino que, con indudable afán humanitario, hacían sonar cada vez que la niebla empañaba la luz del faro, evitando de forma tan altruista que los barcos que transitaban por la zona se estrellaran en los farallones de la isla.

Es lógico, por tanto, que Elías Montes quedara impresionado por «el ambiente de la beatífica colonia» que, en su opinión, era «lo mejor que le podía pasar a la isla de Alborán», por lo que estaba dispuesto a defender hasta el fin a los santos monjes frente a las insidias de los que afirmaban que en realidad eran «espías disfrazados».

Es una lástima que el monasterio se perdiera en el tiempo de la misma misteriosa forma en que se inició, hasta el punto de que no solo no haya sido citado por ninguna fuente, sino que tampoco los esforzados infantes de marina hayan encontrado, hasta ahora, ni restos de sus estructuras ni tan siquiera de esa campana que tan importantes servicios prestó a la navegación marítima.

Hasta aquí la sorprendente historia de un monasterio olvidado, de la que he querido dar cuenta aquí en homenaje, al menos, a la fértil imaginación del cronista que la publicó en tan prestigioso medio de comunicación en fecha sorprendentemente próxima al 28 de diciembre de 1942.